

R. TAGGART MURPHY

## ORIENTE Y OCCIDENTE

### *Las geoculturas y el coronavirus*

**P**ARA ALASDAIR MACINTYRE en *After Virtue*, los problemas de la teoría moral moderna surgen como «producto del fracaso del proyecto de la Ilustración». Por un lado, el agente moral individual, liberado de la jerarquía y la teleología, ahora se concibe como soberano; por otro, «las reglas de moralidad heredadas, aunque transformadas parcialmente», han perdido su carácter teleológico de antaño, por no mencionar su antiguo carácter categórico como expresiones de la ley divina. A menos que pueda encontrarse un nuevo estatus para esas reglas, que las haga parecer racionales», entonces, argumenta el filósofo escocés, «recurrir a ellas parecerá un mero instrumento de deseo y voluntad individuales»<sup>1</sup>.

¿Fracaso del proyecto de la Ilustración? Ese es el mensaje más claro de la catástrofe del COVID-19. Las distorsiones de los herederos institucionales directos de Hobbes, Locke y Montesquieu, junto con el colapso manifiesto en Estados Unidos y el Reino Unido de las funciones centrales del Estado —garantizar la seguridad de las personas y sus propiedades— ofrecen hoy día un contraste revelador con los entes políticos de Asia oriental, cuya herencia intelectual se remonta a un conjunto diferente de pensadores. No cabe argumentar que esta crisis «carece de precedentes», ya que los hay, y abundantes: el SARS (Síndrome Respiratorio Agudo Grave), el VIH, el ébola, el MERS (Síndrome Respiratorio por Coronavirus de Oriente Próximo), por no mencionar la viruela, la fiebre amarilla y la peste bubónica. Washington y Londres recibieron durante semanas advertencias explícitas sobre el brote y una serie de ejemplos susceptibles de ser seguidos, pero las sugerencias de los epidemiólogos

no fueron atendidas. No se hizo nada para almacenar equipos y, como resultado, van a producirse decenas de miles de muertes evitables. Tampoco se puede simplemente gritar: «¡Trump!, ¡Trump!», como si Trump hubiera surgido de la nada para secuestrar una maquinaria política anteriormente funcional. El propio hecho de que un patán ignorante o un charlatán carnavalesco pueda hacerse con las riendas del poder es una dura condena de la totalidad de un orden político.

China, Corea del Sur, Japón, Taiwán, Hong Kong, Singapur: estas son las seis entidades políticas que se contraponen a Estados Unidos y al Reino Unido como lugares que acertaron. Aunque no lo sabemos con certeza, parece probable que el COVID-19 se originó en Wuhan, donde animales salvajes apiñados en «mercados mojados», atendiendo el entusiasmo por comer criaturas exóticas, permitieron que un virus alojado en un murciélago saltara a través de un vector intermedio a huéspedes humanos. Había sucedido antes (vid. el SARS); pero esta vez el virus estalló en el periodo previo a la celebración del Año Nuevo Lunar, que impulsa a millones de chinos a viajar nacional e internacionalmente, y los funcionarios locales decidieron suprimir las malas noticias. Lo que sabemos con certeza es que el virus quedó fuera de control antes de que los líderes de Pekín comprendieran lo que estaba sucediendo. Para entonces era demasiado tarde para prevenir una infección generalizada en la provincia de Hubei a la que pertenece Wuhan o para limitar la epidemia, que pronto se extendió más allá de las fronteras del país. Pero una vez que la gravedad de la situación se hizo evidente, el gobierno chino tomó medidas, cerró la provincia e impuso medidas drásticas en todo el país, medidas que parecen haber funcionado por el momento, ralentizando y reduciendo al mínimo la aparición de nuevos casos.

Las respuestas variaron ligeramente en otros países «exitosos». Corea del Sur implementó pruebas inmediatas y generalizadas, mientras que Singapur, Taiwán y Hong Kong emplearon una combinación de controles sociales y fronterizos, pruebas y llamamientos, por eso quizá los cierres draconianos no sean la única solución. Japón es un caso sin duda atípico. En el momento en que escribo estas líneas no se han verificado ni las restricciones autoritarias al estilo de las decretadas por Pekín, ni el modelo de pruebas universales de Corea, y los llamamientos para que las personas observen el correspondiente distanciamiento social han caído en parte en oídos sordos. Es posible que las prácticas sociales japonesas (inclinarse en lugar de estrechar la mano, ponerse máscaras a la

primera señal de un resfriado), junto con medidas de control «suficientes», que incluyen el cierre de las escuelas y la prohibición de grandes reuniones, además de los preparativos anteriores para evitar una epidemia de gripe anticipada, ayudaran a evitar que las cosas alcanzaran un nivel crítico. Tal vez se silenciaron las cifras en un vano intento de mantener los Juegos Olímpicos de 2020 y evitar que la gente abarrotara los hospitales; o Japón puede hallarse tal vez sentado sobre una bomba de relojería de tipo italiano, que aún no ha estallado. Pero, por ahora, el país parece ser uno de los que sufrieron una exposición temprana, pero lograron controlar la situación.

Lo que lleva a plantear una pregunta desconcertante: ¿qué tienen en común estos países de Asia oriental? Claramente, no la unanimidad de su respuesta, ni tampoco comparten modelo político: China y Singapur son dictaduras de un solo partido, China descaradamente, mientras que Singapur mantiene las apariencias de una democracia parlamentaria, ¡pero ay de quien pueda ser considerado una amenaza para sus gobernantes! Hong Kong está siendo digerido lentamente por Pekín: tiene una oposición genuina, pero sus días por desgracia probablemente estén contados. Corea del Sur y Taiwán, en cambio, son democracias liberales donde el poder cambia de manos en elecciones relativamente libres, mientras que Japón se encuentra en algún punto intermedio: en la práctica es un Estado de un solo partido, pero, a diferencia de Singapur y China, los opositores al partido gobernante no son acosados hasta la prisión o el exilio y, por el momento, académicos, escritores y publicaciones punzantemente críticas no arriesgan más que la marginación al enfrentarse con virulencia a la elite política<sup>2</sup>.

Aquí la línea de pensamiento de MacIntyre ofrece una pista que podría dirigir nuestro análisis. Evidentemente, su relevancia para esta cuestión pasa inadvertida: *After Virtue* sólo contiene una referencia pasajera al este de Asia, en una especie de aparte característico del teatro Noh, pero vale la pena sacarle punta. MacIntyre sugiere que el lenguaje moral –y en consecuencia político– occidental, se basa en una estructura profunda que se ha derrumbado. Además, nuestra memoria del colapso –y con ella los significados subyacentes de las palabras y conceptos que usamos para discutir la realidad política y moral– se han desvanecido en gran medida. Nos preocupamos por términos como «libertad» y «autonomía», pero hemos olvidado lo que significan.

---

<sup>2</sup> Véase R. Taggart Murphy, «Privilegio preservado», *NLR* 121, marzo-abril de 2020.

¿Qué tiene que ver esto con la rápida respuesta al coronavirus en Seúl y Singapur a diferencia de las vacilaciones en Washington y Londres? ¿Qué hace que las elites asiáticas, aun siendo igualmente propensas a la corrupción, estén al menos más en sintonía con la realidad y sean más capaces de atender a las malas noticias y de actuar en consecuencia? Entre otras cosas –y ahí es donde puede ser útil excavar a través de las premisas no reconocidas que apuntalan distintos órdenes políticos– los gobiernos «exitosos» del este y sudeste asiático comparten una herencia política confuciana. Ello no significa que los aspirantes a integrarse en las actuales elites gobernantes deban presentar excelentes estudios del *Ensayo de las Ocho Vías*, el requisito para ingresar en el mandarinato de las dinastías Song, Ming y Qing, que demostraba el dominio de los clásicos confucianos. Quienes pretenden progresar en el Ministerio de Comercio chino pasan casi tanto tiempo estudiando a Mencio y Zhu Xi como sus homólogos en la Reserva Federal leyendo a Aristóteles y Tomás de Aquino. Las instituciones confucianas que alguna vez se pudieron encontrar en la Ciudad Prohibida o en el Edo del shogun han sido desplazadas desde hace mucho tiempo por los atavíos externos de un Estado leninista o, en el caso de Japón, por las formas de la monarquía parlamentaria británica, por las nociones constitucionales estadounidenses y los modelos burocráticos derivados de la Europa continental del siglo XIX. Así como las estructuras políticas occidentales ya no se justifican mediante la revelación y la ley natural, los vínculos explícitos entre la política de Asia oriental y la tradición confuciana se han desvanecido. De hecho, los modernizadores y los revolucionarios de Asia Oriental consideraban el confucianismo como un gran obstáculo ideológico, tal como Voltaire había exigido en su momento: «¡Écrasez *l'infâme!*».

Pero las dos últimas generaciones de la historia de Asia oriental y sudoriental describen claramente el resurgimiento de algo así como formas de pensar confucianas, aunque vestidas con ropaje occidental. Este resurgimiento es particularmente evidente en la noción reflexiva de que el gobierno mediante un mandarinato ilustrado constituye la esencia de un orden político adecuado. El poder permanente del pensamiento confuciano puede tener algo que ver con su carácter relativamente materialista; se dice que el propio Confucio rechazaba la especulación metafísica –«no conozco la vida; ¿cómo podría conocer la muerte?»–, prefiriendo un enfoque cuasi utilitario de la eficacia práctica, que permita la adaptación ágil del pensamiento a circunstancias históricas cambiantes. Pero independientemente de esto, ese legado ha dejado impresas

dos características en la institucionalidad política de los países del este y sudeste asiático, que nos ayudan a entender cómo se han enfrentado hasta ahora a la crisis en curso.

La primera es la voluntad de confiar en los expertos: se venera la educación y la formación; no existe el desdén por el conocimiento experto que caracteriza gran parte de la cultura política británica y estadounidense. Un candidato presidencial que obtiene el poder fomentando deliberadamente el resentimiento popular contra el estudio y la ciencia –como sucedió en Estados Unidos– es simplemente inimaginable en el este y sudeste asiático de hoy en día. Las elites de esta región no son inmunes a la política del resentimiento, pero ese resentimiento no se ha dirigido, al menos desde la Revolución Cultural en China, contra los ilustrados. Por eso, cuando los epidemiólogos chinos o coreanos exponen las realidades de la infección y la transmisión, es más probable que sean escuchados. En segundo lugar, y quizá sea esto más importante, las elites de la tradición confuciana tienden a ser muy conscientes de que su legitimidad se basa en la preservación del orden y ello incluye el orden natural. El concepto del «Mandato del Cielo» se extiende más allá de las perogrulladas de que catástrofes mal gestionadas como las de Chernobyl y Katrina pusieron en peligro a las elites al arrojar luz sobre su incompetencia. En esa filosofía, los desastres naturales ponen en duda *en y por sí mismos* la legitimidad de los dispositivos políticos existentes.

La combinación del respeto generalizado por el conocimiento experto y la hipersensibilidad a la amenaza del desorden –ya sea social o natural– nos ayuda a comprender la rapidez con que Pekín cerró sus ciudades y Seúl implementó pruebas generalizadas mientras los casos aún eran mínimos. Incluso puede explicar los titubeos poco confucianos del gobierno de Abe en Japón. Como se ha señalado, es posible que demorara la presentación de informes sobre la verdadera escala de la pandemia en un intento por salvar los Juegos Olímpicos de Tokio, que se convirtió en una confirmación gloriosa de su control sobre el poder y la longevidad incomparable de Abe en el cargo. De ahí que mi valoración en la *NLR* 121 de que «la posición de Abe sigue siendo segura» esté fechada. Incluso si la pandemia no queda fuera de control –y aunque los números siguen siendo comparativamente pequeños, las tendencias son amenazantes–, el aplazamiento de los Juegos Olímpicos y los estragos económicos concomitantes amenazan a Abe más que cualquier otro acontecimiento desde que volvió a ocupar la presidencia del gobierno japonés en 2013.

Además de los casos relacionados con el Diamond Princess, el crucero de lujo anclado durante semanas frente a Yokohama, la mayor parte de la infección inicial en Japón se concentró en la isla septentrional de Hokkaido. En las últimas décadas, Hokkaido se ha convertido en un popular destino de esquí no solo para los ciudadanos japoneses, sino también para decenas de miles de chinos y coreanos, algunos de los cuales trajeron el virus con ellos. El brote posterior fue estudiado por un comité de expertos cuyo informe, resumido por el Ministerio de Salud y Bienestar de Japón el 9 de marzo, concluyó que la mayoría de los portadores asintomáticos no representaban un alto riesgo para los demás; pero por razones no muy bien entendidas, ciertos portadores eran extremadamente contagiosos. Los lugares particularmente peligrosos para el contagio, según los expertos, eran las *live houses* (según el término anglo-japonés habitual para designar recintos de música en vivo generalmente pequeños y con poca ventilación), las estaciones de esquí, los gimnasios, los restaurantes que sirven comidas tipo bufé, los salones de *mahjong*, las carpas cerradas y los barcos de pasajeros con cabinas abarrotadas<sup>3</sup>. Estas directrices parecen haber condicionado la respuesta de Japón. Si bien las escuelas y las grandes reuniones se cerraron por decreto, muchos de estos últimos sitios han cerrado voluntariamente sus puertas. Las autoridades japonesas son notorias por la presión extralegal e informal, que a menudo se aplica para lograr los resultados deseados y en este sentido dicha presión ha reemplazado indudablemente medidas de bloqueo más drásticas durante el último mes.

Pero la contención de la pandemia se ha basado en algo más. En un artículo para el *Asia Times*, Jake Adelstein observaba que la respuesta de Japón «descansa sobre una base sólida: un tratamiento de calidad sobresaliente a escala mundial del principal asesino sintomático de la enfermedad, la neumonía». Adelstein, el único extranjero que sirvió como reportero regular sobre crónica policial en un importante diario japonés (el *Yomiuri Shimbun*), logró un gran éxito periodístico al persuadir a un «funcionario japonés bien ubicado» para que ofreciera una sesión informativa extraoficial sobre el planteamiento seguido por el gobierno. Esa fuente reveló que, en lugar de seguir el precedente establecido por Seúl, Japón está deliberadamente «reteniendo datos, manteniendo bajo el número de pruebas y haciendo todo lo posible para asegurarse de que todo se vea “bajo control”». Como explicó el funcionario:

---

<sup>3</sup> Véase «Expert Meeting on New Coronavirus Infection Control», [mhlw.go.jp](http://mhlw.go.jp) (en japonés).

Estamos en un periodo en el que probablemente la contención no es realista [...]. Tenemos que centrarnos en tratar los casos graves y la mayoría de los expertos asentiría en silencio. Si se insta a todos a hacerse las pruebas, las instituciones médicas se llenarán de personas que no necesitan estar allí. Ello no solo restaría atención a los casos más críticos, sino que indirectamente podría provocar una crisis sanitaria mayor [...]. Pregúntese: «¿Cuál es el valor de la sabiduría cuando no aporta ningún beneficio a quienes son más sabios?». La mayoría de los infectados se recuperarán solos, gracias a su propio sistema inmunológico. Primero debemos cuidar a aquellos cuyos sistemas inmunológicos les están fallando, o el propio sistema sanitario colapsará<sup>4</sup>.

En otras palabras, Japón no está eludiendo los paradigmas asiáticos exitosos, porque se considere inmune a las leyes de la naturaleza, sino porque su dependencia de los confinamientos y las pruebas se reduce (al menos en teoría) gracias a su infraestructura de calidad sobresaliente a escala mundial para tratar la neumonía, además de la existencia de un sistema sanitario público que funciona bien (en Japón nadie corre el riesgo de arruinarse por los costes médicos) y un arraigado respeto por el conocimiento experto.

Sin embargo, este planteamiento constituye una gran apuesta y ya hay signos de pánico en las comparecencias informativas de Abe y de la gobernadora de Tokio, Yuriko Koike. La burocracia japonesa no es ajena a la negligencia criminal: a mediados de la década de 1980, decenas de hemofílicos se infectaron con el VIH debido a reservas de sangre que los funcionarios sabían que estaban contaminadas, un escándalo que ayudó al surgimiento del Partido Demócrata de Japón, cuya victoria en las elecciones de 2009 fue el único desafío serio al gobierno de un solo partido que la elite japonesa ha sufrido desde 1960. Dada esta memoria reciente, la elite política del país es consciente de que los efectos médicos y económicos del COVID-19 podrían desencadenar turbulencias políticas. Por eso, al igual que sus homólogos en otros países de Asia oriental, opera dentro de los parámetros que establece la realidad, aunque difiera el curso que han elegido. Y a diferencia de sus homólogos en Washington y Londres, la elite japonesa percibe que lo que está en juego no es solo la victoria electoral y las cotizaciones de los mercados bursátiles, sino la legitimidad del orden político del que depende su poder.

Tokio, 31 de marzo de 2020.

---

<sup>4</sup> Jake Adelstein, «Japan's winning its quiet fight against COVID-19», *Asia Times*, 25 de marzo de 2020.

traficantes de sueños

www.traficantes.net

C/Duque de Alba 13, 28012. Madrid



## Los talleres ocultos del capital. Un mapa para la izquierda

**Nancy Fraser**

Colección: Prácticas constituyentes 21

PVP: 20 €

El objeto de este libro es claro: la sociedad capitalista. Se trata de comprender qué es y cómo funciona; sus irracionalidades, coerciones e injusticias endógenas; sus

tendencias inherentes a la crisis y sus líneas de conflicto; sus potenciales inmanentes para la transformación. Partiendo libre y eclécticamente de «los dos Karls» (Marx y Polanyi), así como de las teorías feministas y ecologistas y de las teorías críticas de la raza, este libro propone una visión ampliada de la sociedad capitalista. Esta visión abarca no solo la economía visible, «productiva», sino también los «talleres ocultos», las condiciones de posibilidad subyacentes de esta última, en concreto: los procesos de reproducción social asimétricos en cuanto al género, la dinámica racializada de la expropiación, las formas de dominio político estructuradas por las diferencias de clase, así como la depredación sistemática de los ecosistemas. Todo ello es parte integrante esencial de lo que es, en realidad, una sociedad capitalista.

Una visión ampliada del capitalismo implica también una visión ampliada del socialismo. Desde esta perspectiva, el socialismo debe superar no solo la explotación del trabajo asalariado por parte del capital, sino también sus múltiples formas alternativas de explotación parasitaria: el trabajo de cuidados no remunerado, los bienes públicos y la riqueza expropiada a los sujetos racializados y a la naturaleza no humana. El socialismo debe ser, pues, feminista, antirracista y antiimperialista, ecosostenible y democrático.